

Viejo y nuevo socialismo



Mesa Redonda realizada por María Ruipérez

JUNTO a los partidos de mayor tradición histórica que en los últimos meses han reaparecido en la vida política del país, reivindicando sus siglas y programas tradicionales, en la realidad política de la España postfranquista hay que contar también con otra serie de organizaciones de origen más reciente y cuya historia se reduce a los dos o tres últimas décadas. A pesar de esta breve trayectoria, la importancia de tales grupos —dejando de lado sus futuros resultados organizativos y electorales, sobre los que ahora todavía no es posible hacer predicciones— se encuentra en su carácter de testimonio de las precarias condiciones de desarrollo de la lucha política clandestina durante el franquismo, y a veces en su capacidad para asimilar, pese a tales dificultades, los nuevos problemas de la sociedad española actual, y para formular y defender una serie de planteamientos ideológicos originales. Tal es el caso de las organizaciones agrupadas en fecha reciente en la **Federación de Partidos Socialistas**, como resultado final de un proceso de maduración ideológica y organizativa a partir de diversos grupos implantados en las na-

cionalidades y regiones del Estado español. Para hablar de la breve, pero significativa y prácticamente desconocida, historia de estas organizaciones, reunimos en fecha reciente a varios conocidos directores de la Federación: **Eugenio Royo**, miembro fundador de **Unión Sindical Obrera (USO)** y secretario de la Coordinación de la F.P.S.; **Enrique Barón**, secretario de información y acción política de la Federación, tras haber sido uno de los fundadores de **Reconstrucción Socialista**; **Joan Garcés**, que después de su etapa chilena se ha unido al **Partit Socialista del País Valencià**, y es en la actualidad secretario de relaciones internacionales de la F.P.S.; **Alejandro Rojas Marcos**, del secretariado de la **Alianza Socialista de Andalucía**, convertido en el **Partido Socialista de Andalucía (P.S.A.)**; **Antonio Tarabino**, representante en el Consejo Federal de la F.P.S. del **Partit Socialista de les Illes**; y **Joaquín Arango** y **Alvaro Espina**, procedentes del **Frente de Izquierda Socialista (F.I.S.)**, e integrados en la actualidad en **Convergencia Socialista de Madrid (C.S.M.)**. Este es el resumen de sus declaraciones.

— Como todos sabemos, antes de la guerra civil el socialismo español agrupado en el P.S.O.E. representaba la fuerza hegemónica de la izquierda marxista. En cambio, tras la derrota popular el socialismo perdió esta hegemonía y desapareció casi por completo de la lucha política y sindical clandestina. ¿A qué se debió, en vuestra opinión, este abandono de la actividad política? ¿Cuáles han sido sus consecuencias para la situación actual del socialismo?

EUGENIO ROYO.—Yo creo que para responder a esta cuestión habría que referirse a la actitud del PSOE en los años 40, que en buena medida era similar a la de otros grupos «históricos». El análisis de este partido se basaba en su creencia en su propia legitimidad: se consideraban los socialistas representativos, los que tenían derecho a protagonizar en exclusiva el socialismo, como durante el período republicano. Por eso pensaban que el bloqueo exterior y la lucha de los maquis acabarían con la dictadura y les permitirían entrar «en caballo blanco» por la frontera de Hendaya para liberar a España y restablecer la Repúbli-

ca. En mi opinión, la derrota de los maquis evidenció la inviabilidad de este análisis, pero los socialistas históricos no renovaron sus concepciones, que han permanecido inalterables hasta hace pocos años. Como anécdota podría hablar de los contactos que algunos compañeros mantuvimos en los años sesenta con varios dirigentes del PSOE, como Llopis o Pascual Tomás, en los que mientras nosotros les hablábamos de las realidades concretas de la lucha en las fábricas, de la necesidad de establecer un frente común de lucha, ellos nos remitían (por ejemplo, en Perpiñán, en 1966) a sus reglamentos como la última palabra en todas las cuestiones. Como consecuencia de estos análisis, no hubo en ningún momento una acción en el interior que respondiera a un verdadero protagonismo del PSOE. El centro de decisiones estaba en el exterior, y aunque no hubo una ausencia total de hombres del Partido y la UGT en la lucha clandestina—hubo militantes que combatieron y fueron represaliados—, la auténtica posición del socialismo histórico se reflejaba en las declaraciones del Partido, y no en

las actitudes particulares de determinados socialistas. A partir de aquí, y ante la imposibilidad de llegar a un acuerdo para la lucha en el interior, no cuando se restableciera la legalidad de los partidos, sino en la clandestinidad, surgió la **Unión Sindical Obrera**, para responder a las necesidades del mundo obrero y con el propósito de desaparecer en una central sindical democrática en el momento en que existiesen las posibilidades para ello.

ALEJANDRO ROJAS MARCOS.—Me gustaría añadir otra característica del movimiento socialista que yo creo que ha influido de forma importante en el comportamiento de este sector tras la guerra civil. Después de la feroz represión de la postguerra, no se podían superar las pérdidas sufridas más que disponiendo de un aparato político. Pero el aparato, la organización socialista, no respondía al terminar la guerra a la problemática planteada en estos años. ¿Por qué no respondía? Creo que podemos establecer un paralelismo con la Dictadura de Primo de Rivera, en la que el comportamiento del Partido Socialista fue en gran

«Dos son los principios básicos de la Federación de Partidos Socialistas: el respeto por la autonomía territorial de cada grupo componente de ella y el reconocimiento de la necesidad de una estrategia común para la conquista de la democracia y la posterior lucha por el socialismo.» (En la imagen, un momento de las Jornadas Constituyentes de la FPS.)





Enrique Barón: «El nuevo socialismo es el resultado del trabajo de una serie de compañeros que no hicimos la guerra, que empezamos a luchar en el terreno político durante los años 50 y 60, y que hemos tratado de dar respuestas socialistas válidas a los problemas planteados por la realidad española de la postguerra.»

medida oportunista. El oportunismo —que también ahora es un gran peligro para la oposición— tuvo un resultado doble: les permitió un éxito electoral importante, con grandes masas de votantes en el período republicano, pero puso también de manifiesto la incapacidad del Partido para responder a las ansias revolucionarias del proletariado, y favoreció el desarrollo de otros grupos —como el PCE— que pretendían corregir los defectos del socialismo histó-

rico mediante una lucha más operativa. Después de la guerra civil, continuando el paralelismo, la inactividad del PSOE es la causa de la aparición de otras organizaciones que pretenden volver a las raíces históricas del socialismo revolucionario.

JOAQUIN ARANGO.—Querría añadir muy escuetamente una precisión y un par de afirmaciones. La precisión es que el abandono de la lucha obrera no fue de ningún modo total, y sería injusto descono-

cer ejemplos en ocasiones heroicas que, por aislados, no son menos dignos de encomio. En segundo lugar, hay que afirmar que, en líneas generales, el socialismo es flor de libertad que florece mal en las dictaduras. Además, por las razones ya expuestas y por las prácticas a veces poco honrosas seguidas en el exilio, el socialismo histórico perdió el prestigio de que pudo gozar en épocas anteriores y estuvo pronto afectado de un estigma derechista con poca capacidad de atracción para incorporar gente a la lucha. Es preciso resaltar que no hay una relación de continuidad en la historia del movimiento socialista, y por tanto, hay que distinguir claramente dos períodos: uno que llega hasta 1939, y otro que se inicia a partir de esa fecha. La derrota y la represión de las fuerzas populares en 1939 desencadenó el fin del movimiento socialista tradicional, de forma que para la mayoría de las personas que se incorporaron a la lucha política en los años sesenta, el socialismo representaba una nostalgia, una reliquia histórica sin apenas presencia real en las luchas cotidianas. Por eso, y como durante la dictadura la adopción de una postura política clara en la clandestinidad resultaba muy costosa a nivel personal, la apariencia moderada del socialismo hizo que existiera una disparidad excesiva entre costes y esperanzas, y que muchas personas que se consideraban —y nos seguimos considerando— socialistas encontrasen más adecuado militar en organizaciones de otro tipo, preferentemente comunistas. Ahora, cuando el socialismo ha vuelto a aparecer como una opción política colectiva, y como un modo de entender la conquista de las libertades y la transformación social, se

plantea la necesidad de construir de nuevo la alternativa socialista, porque los precedentes, como ya hemos dicho, eran poco vitales y carecían de prestigio real.

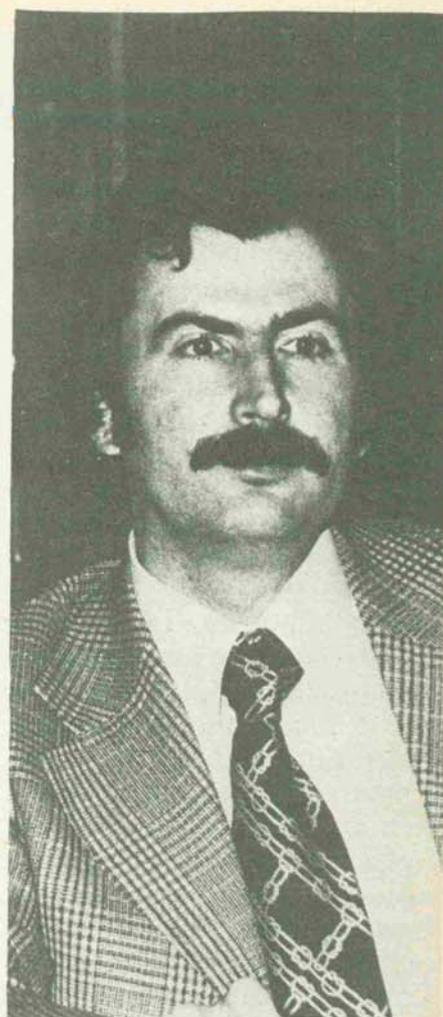
ENRIQUE BARON.—Abundando en lo ya señalado, querría referirme a la escasa capacidad del socialismo histórico para adaptarse a las nuevas circunstancias de la postguerra. En 1936, tras los triunfos electorales del período republicano, los militantes del PSOE estaban discutiendo de nuevo los Estatutos de su organización, porque el viejo Partido de que tanto se habla hoy ya no se adaptaba a las circunstancias políticas y sociales españolas. Y en 1945, en una frase de su testamento político que suelo citar con frecuencia, Largo Caballero señalaba que había que empezar a reconstruir el Partido sobre las bases de la realidad, para hacer un movimiento nuevo y acorde con la experiencia cotidiana concreta de la lucha; pero durante los veinte años siguientes, no se hizo nada para cubrir esta exigencia del viejo líder socialista. En cambio, el Partido Comunista, a partir de 1936, ha ganado un espacio político importante, porque a diferencia del socialismo histórico, ha sabido ser sensible a la evolución del curso de la historia. A mí me ha sorprendido mucho leer en *Demain l'Espagne* la descripción de Carrillo de su entrevista con Stalin en 1948. Cuando fueron a pedirle armas para la resistencia, Stalin les contestó que se dejaran de armas y se plantearan su postura ante las elecciones sindicales. Ellos creyeron que Stalin estaba completamente loco, pero a partir del año siguiente iniciaron la táctica de **participación en los aparatos legales**. Dada esta disparidad —y para empalmar con tu pregunta—, el nuevo socia-

lismo es el resultado del trabajo de una serie de compañeros que no hicimos la guerra, que empezamos a luchar en el terreno político en los años 50 y 60, y que hemos tratado de dar respuestas socialistas válidas, tanto en el terreno sindical como en el político, a los problemas planteados por la realidad española de la postguerra.

—**A partir de estos precedentes, convendría precisar cuándo y con qué características surgieron las nuevas organizaciones socialistas que vosotros representáis, en el Centro y en las distintas nacionalidades o regiones del Estado español.**

ROYO.—Como primera precisión, hay que distinguir una doble vía, o una doble estrategia organizativa, de las organizaciones socialistas existentes en la actualidad. Por un lado, la estrategia del PSOE se basa, a nuestro juicio, en la «restauración» del socialismo, apoyándose en sus siglas históricas y en su apoyo internacional para presentarse como el partido heredero de la situación de 1936. Por otra parte, está la vía de «reconstrucción» del socialismo, teniendo en cuenta las realidades actuales, que es la opción que nosotros presentamos.

BARON.—Entre las organizaciones que en la actualidad nos encontramos en la Federación de Partidos Socialistas, la más antigua procede del **Moviment Socialista de Catalunya**, surgida en los años 40, a partir de los acuerdos entre una serie de compañeros que procedían de la Federación Catalana del PSOE y otros procedentes de la CNT, de la **Unio Socialista de Catalunya**, y de otros grupos marxistas críticos, como el POUM, asentado sobre todo en Cataluña antes de la guerra civil. La experiencia del **Moviment Socialista** fue muy esperanzado-



Joan Garcés: «El Partit Socialista del País Valencià —integrado en la FPS— tuvo sus raíces en los núcleos organizados bajo el nombre de Partit Socialista Valencià, que tras cuatro años de existencia llegaron a un límite en su expansión ante la ausencia de un contexto político valenciano y español que permitiera su desarrollo.»

ra, porque era la primera vez que se organizaban unos grupos socialistas que rompían la línea tradicional para optar por un socialismo revolucionario. En cuanto a las demás organizaciones, algunas provenían de un frente de lucha nacional, cuyos antecedentes se remontan a la Segunda República, como el **Partido Socialista Galego**, que aunque nació en 1974 tiene sus raíces en una evolución de los grupos galleguistas republicanos hacia posiciones socialistas más radicales. En el País Valenciano, la experiencia de la **lucha regional llevó a la constitución del Partit Socialista del País Valencià**, lo mismo que en Baleares dio origen al Par-

tit Socialista de les Illes, formado por militantes procedentes del P. C. o del P. S. P. Un tercer sector procede de **Unión Sindical Obrera** y de **Reconstrucción Socialista**, organizaciones de las que Eugenio Royo puede dar mejor que yo un resumen histórico. Por fin, otros grupos integrados actualmente en la FPS, y en concreto en **Convergencia Socialista de Madrid**, tienen sus raíces en los núcleos aglutinados en los años sesenta en el **Frente de Liberación Popular**, organización que surgió en 1958-59 por iniciativa de jóvenes intelectuales marxistas o cristianos y que jugó un importante papel político en las luchas de aquella época. Pese a estos distintos orígenes, a partir de la aceleración política de este país desde 1974 todos fuimos conscientes de la necesidad de realizar un esfuerzo común, que condujo a la creación de las distintas **Convergencias**, y de lanzar al mismo tiempo un debate teórico que nos llevara a la creación de nuevas organizaciones socialistas, partiendo de nuestras propias experiencias, pero también de las experiencias de otros países y otras latitudes.

ROYO.—La USO nació en 1958 —aunque su Carta Fundacional esté fechada en 1960—, respondiendo no a algo que se hubiera programado de antemano, sino a la necesidad de coordinar la acción en las huelgas de Valencia, el País Vasco o Asturias. Su carácter inicial era el de aglutinar a socialistas descontentos con el PSOE y la UGT: si este sindicato, tan ligado al Partido Socialista, hubiera tenido una actitud abierta, si su centro de decisión hubiera estado en el interior del país y hubiera sabido asumir los problemas de las nuevas generaciones, USO no habría surgido. Por su parte, **Recons-**



Eugenio Royo: «Hay que distinguir una doble vía de las organizaciones socialistas existentes en la actualidad. Por un lado, se encuentra la estrategia del PSOE, basada en la «restauración» del socialismo; por otro, está la vía de «reconstrucción» del socialismo; que, teniendo en cuenta las realidades actuales, es la opción que nosotros presentamos».

trucción Socialista se creó en 1974 como frente político en la lucha antifascista. Como la procedencia de los hombres de USO, salvo algunas excepciones, era obrera, sus planteamientos eran sindicales, más que políticos; pero a raíz de la muerte de Carrero Blanco, algunos militantes comenzaron a estudiar la posibilidad de crear un movimiento político con los rasgos ya mencionados. Y este movimiento desde su fundación trató de buscar la convergencia con todos los grupos ya existentes a nivel del Estado para construir un socialismo basado en las regiones y nacionalidades. No era, por tanto, un partido, ni pretendía pervivir, sino servir como elemento de convergencia.

ROJAS MARCOS.—Nuestra organización, la **Alianza Socialista de Andalucía**, tiene sus orígenes a mediados de los

años sesenta en un grupo de jóvenes independientes (la media de edad era entonces de 24 ó 25 años) que trataban de dar una respuesta concreta a las necesidades del pueblo andaluz, a las que no respondían en nuestra opinión las organizaciones políticas preexistentes. Sin ser un partido, opción que entonces quisimos dejar abierta para el futuro, nos integramos poco después en la que me parece que fue, después de Cataluña, la primera instancia unitaria democrática regional: la **Mesa Democrática de Andalucía**. A principios de los años setenta, nuestras coordenadas ideológicas y nuestra estrategia política estaban ya definidas y diferenciadas de otras organizaciones políticas de izquierda. Nosotros defendíamos el socialismo, no la socialdemocracia, proponíamos un planteamiento autogestiona-

rio y tratábamos —y esto quiero subrayarlo— de asumir de alguna manera las tradiciones libertarias que habían tenido una importancia tan grande en los movimientos sociales de Andalucía. Y, por supuesto, nos planteábamos la problemática específica de Andalucía, a la que ni desde el Madrid político del Régimen, ni desde el «Madrid» político de la oposición se daba una respuesta concreta. ASA, y esto es importante resaltarlo, es la primera organización en toda la historia de Andalucía que ha surgido sin más soberanía que la andaluza; hasta su nacimiento no

había habido en Andalucía más que organizaciones centralistas. Sólo podemos contar como precedente, tras las explosiones populares del siglo XIX, al Movimiento Liberalista de los años treinta —cuyo líder, Blas Infante, fue ejecutado a los pocos días del levantamiento del 18 de julio, en la carretera de Sevilla a Carmona— que representó un primer intento de respuesta válida a los problemas regionales.

GARCES.—El **Partit Socialista del País Valenciá**, surgido recientemente, tuvo sus raíces o precedentes en los núcleos organizados a fines de

los años 50, y en la década pasada, bajo el nombre de **Partit Socialista Valenciá**, que, tras cuatro años de existencia, llegaron a un límite en su expansión ante la ausencia de un contexto político valenciano y español que permitiera su desarrollo. Muchos de los cuadros actuales del PSPV proceden, de todas formas, de aquella experiencia, revitalizada a través del encuentro entre diversos grupos socialistas que se habían formado en los últimos años en la clandestinidad, y que resolvieron entrar en relaciones con el compromiso de disolverse en el momento en que se consolidara una organización unitaria. En este momento preparamos el primer Congreso del Partit, que nos permitirá definir con toda precisión nuestros planteamientos.

TARABINI.—Nuestro surgimiento, como ha dicho Barón, es original dentro de la FPS, porque no fue obra de independientes, sino de militantes con cierta relevancia dentro de sus organizaciones de procedencia: PCE, PSP, organizaciones autónomas de las Islas... Estos militantes, junto con personas independientes hasta entonces, decidimos crear un nuevo partido, porque veíamos que las organizaciones de origen no respondían a las condiciones y necesidades peculiares de las Islas —y no me refiero a condiciones o hechos «culturalistas», sino a condiciones socioeconómicas, a problemas básicos del movimiento obrero y popular. Es decir, los sectores que más pronto se decantaron hacia nuestro grupo fueron fundamentalmente los sectores obreros y populares, porque dada la estructura socioeconómica de las Islas, el esquema para la construcción de la democracia, y para su profundización hacia el socialismo, es muy peculiar. Esta



Alejandro Rojas Marcós: «La FPS llegó a la conclusión de que la alternativa autonómica de los distintos pueblos del Estado español exigía el reconocimiento en pie de igualdad de las regiones y nacionalidades, cuyas únicas diferencias tendrían que nacer de los respectivos pueblos y no de fuera de ellos.»

estructura se basa sobre todo en el turismo desarrollado en la década de 1960, en la que el Estado español aplicó un esquema muy simple, pero fructífero, consistente en conseguir divisas mediante el turismo y absorber a la vez a la mano de obra desempleada, como la andaluza. A cambio, no se hizo ningún tipo de inversión pública en la zona, ni apareció una burguesía auténticamente capitalista, con mentalidad inversora; la burguesía que surgió del «boom» turístico está formada por «nuevos ricos» dedicados a la simple especulación. Frente a ellos, fue necesario que los movimientos de base, sobre todo en los sectores punta de los obreros de la hostelería y la construcción, a partir de reivindicaciones muy concretas fueran objetivándolas en categorías políticas. Pero los grupos políticos organizados a nivel del Estado no respondían a este tipo de reivindicaciones: por ejemplo, el renacimiento de la reivindicación autonómica no surge de la burguesía como en Cataluña, sino de los sectores de obreros inmigrados.

Por todas estas circunstancias surgió el **Partit Socialista de les Illes**, que no ha nacido con vocación grupuscular, sino con el propósito de llegar a ser un partido de masas. ¿Por qué hicimos un partido, y no una Convergencia, como en otras zonas? Primero, porque creímos, y los hechos lo han demostrado, que había condiciones objetivas para construir un partido, y en segundo lugar, porque temíamos que otros grupos de dudoso socialismo intentaran apropiarse del nombre, como ha ocurrido en otras zonas.

ARANGO.—No sé si lo que voy a decir es aplicable a los grupos pioneros del actual movimiento de convergencia (como el MSC), pero sí es denominador común de los más recientes, y en especial de **Convergencia Socialista de Madrid**. El punto de partida de estos grupos corresponde en líneas generales a la existencia de muchas personas políticamente activas en sus diferentes áreas territoriales y en los sectores de su actividad laboral, cuyas características comunes eran la insatisfacción ante las organizaciones

existentes y su autoconsideración como socialistas. Mientras la lucha antifascista fue absolutamente prioritaria, la mera participación en movimientos de carácter apartidario, sectoriales, resultaba suficiente para muchos de estos militantes. Sin embargo, a partir de diciembre de 1973 se abre una nueva perspectiva, en la que la defensa de una opción socialista específica se convierte en prioritaria, y por ello surgen las nuevas organizaciones para responder a las problemáticas diversas de cada sector y área territorial. Dentro de esta perspectiva, la principal originalidad de **Convergencia Socialista de Madrid** consiste en que es la primera organización política que surge en Madrid sin vocación centralista, y mucho menos universalista. Hasta ahora, la actividad política de Madrid se planteaba en un contexto «cósmico». Nunca se había pensado en resolver los problemas específicos de Madrid; parece como si Madrid no tuviera barrios, problemas regionales o problemas urbanos. Nadie, salvo las Asociaciones de Vecinos, se había



Jornada de apertura del Congreso Constituyente del Partido Socialista de Andalucía, originado por la conversión de Alianza Socialista Andaluza (ASA) en partido político. El acto se celebró en el Paraninfo de la Universidad de Málaga el domingo 25 de julio de 1976, pasando el nuevo grupo a integrarse —una vez consolidado— en la FPS.

planteado hasta ahora estas cuestiones a nivel político. Y, sin embargo, creo que hay mucho que hacer para conocer los problemas de Madrid, los de Castilla y las relaciones entre ambas. Hay que estudiar las causas y consecuencias del fenomenal crecimiento de Madrid, los problemas creados por la integración de una masa numerosísima de emigrantes, las consecuencias que el centralismo ha tenido sobre la capital, los flujos dinerarios y económicos procedentes de todo el Estado, o las consecuencias ideológicas derivadas de este contexto...

Por otra parte, las circunstancias que se encuentran en el origen de las Convergencias o Partidos Socialistas nuevos en las distintas nacionalidades o regiones, existían también en Madrid. Había hasta hace muy poco, y todavía hay, una notable multitud de militantes independientes o ex militantes de distintas organizaciones, que jugaban con frecuencia un papel destacado en las luchas sectoriales. A partir de ellos surgieron varios grupos que buscaban la unificación con la firme decisión de autodisolverse si no llegaban a conseguir la formación desde abajo de una amplia organización socialista. Hace pocos meses cristalizó la unión de estos núcleos, y a partir de entonces se han hecho avances considerables. Pero nuestros problemas son superiores a los de las organizaciones regionales o nacionales: la implantación en Madrid de los partidos socialistas centralistas es más intensa que en las áreas citadas, lo que determina un espacio político muy cubierto y competitivo. Además, el nacimiento de una organización madrileña que pretendiese proyectarse únicamente sobre el área de Madrid y renunciarse por desca-

llado a dictar a los mallorquines, catalanes o gallegos lo que tienen que hacer para resolver sus problemas, resultaba extravagante para muchos. Pese a ello, hay un espacio político que CSM está conquistando, y que nos permite afrontar perspectivas realmente optimistas.

—La Prensa ha informado aunque a veces de forma no muy explícita, de los sucesivos intentos de acercamiento entre vuestras distintas organizaciones —Conferencia Socialista Ibérica, Confederación Socialista— hasta desembocar en la actual Federación de Partidos Socialistas. ¿Podríais explicarnos cómo se desarrollaron y por qué fracasaron las primeras tentativas de coordinación, y cuáles son las bases del actual acuerdo?

ROJAS MARCOS.—Creo que puedo hacer un resumen de esta cuestión, a partir de la experiencia de ASA en los dos últimos años. Nosotros, que al nacer no tuvimos conexión alguna con las organizaciones nacionales o regionales del resto del Estado, en 1974 tratamos de articularnos con el resto de los movimientos que comenzaban a apuntar y de buscar alguna fórmula de coordinación con ellos. En un principio, conocimos la existencia de la Conferencia Socialista Ibérica, y no nos satisfizo plenamente su planteamiento, porque entendíamos que tal y como había surgido y se desarrollaba llevaba a una hegemonía del PSOE y a la exclusión de determinadas organizaciones políticas. Por eso, cuando se nos invitó a participar, no estuvimos interesados en ella; y sólo nos decidimos a intervenir cuando por fin se decantó la posición política de la Conferencia Socialista Ibérica y el PSOE desapareció de ella. Pero entonces encontramos otro obstáculo: el modelo federal previsto,

en el que se reconocía la existencia de un único partido para el área idiomática castellana, junto a los partidos de las nacionalidades históricas. Este planteamiento no nos satisfacía, porque, en nuestra opinión, no daba una respuesta exacta a lo que el movimiento popular andaluz exigía. Naturalmente, como la Conferencia se presentó como un proceso, no como algo establecido de forma definitiva, nosotros esperábamos —en el sentido de la espera, y en el de la esperanza— a que sus planteamientos fueran variando paso a paso y al final nos llegarán a satisfacer. Por eso, cuando nos decidimos, para no quedarnos aislados, a unirnos coyunturalmente con otras organizaciones que en el ámbito de las regiones defendían un planteamiento similar al nuestro, lo hicimos con la conciencia —y así constaba en el Acta de fundación de la Confederación Socialista— de que se trataba de un paso previo para una federación más amplia, que necesariamente tendría que contar con la Conferencia Socialista Ibérica. La presencia del Partido Socialista Popular en la Confederación, como único partido centralista, se debió a su buena disposición inicial para asumir la problemática regional, integrándola y vinculándola a la problemática de las nacionalidades. Con este doble compromiso, en cuanto al valor coyuntural de la Confederación y a la disposición del PSP para asumir este planteamiento, comenzamos nuestros trabajos; entramos en contacto, como habíamos convenido, con la ahora denominada Federación de Partidos Socialistas, que ya había avanzado en su proceso constituyente y había llegado a la conclusión de que la alternativa autonómica de los distintos pueblos del Estado espa-

ñol exigía el reconocimiento en pie de igualdad de las regiones y nacionalidades, cuyas únicas diferencias tendrían que nacer de los respectivos pueblos y no de fuera de ellos. Ante este planteamiento, nosotros asumimos —y esto lo quiero subrayar— el más importante protagonismo en la exigencia de que todos los miembros de la Confederación asumieran los compromisos contraídos en su fundación; es decir, que el PSP diera el paso definitivo para asumir la problemática de las regiones y nacionalidades, y que todos los demás grupos aceptaran establecer una negociación sin ánimo de maniobra, sino con ánimo de unión, incluso aunque la unión tomara la forma de integración en la FPS. Nuestra presencia en las Jornadas Constituyentes pone fin a este ciclo, que para nosotros ha sido coherente y lógico.

TARABINI. — Completando la respuesta de Rojas Marcos a tu pregunta, conviene precisar los rasgos organizativos fundamentales de la FPS. La Federación ha nacido de una necesidad objetiva, reflejada en el hecho de que cada organización llegó por sí sola, de una manera autónoma, a la conclusión de que era necesaria. Sus principios básicos son dos: primero, el respeto por la autonomía territorial de cada grupo componente de la Federación; y segundo, el reconocimiento por parte de todos de la necesidad de plantear una estrategia común para la conquista de la democracia, y para la lucha posterior por el socialismo. Estos son, a nuestro juicio, los dos rasgos fundamentales y más originales de la FPS, que nos distinguen de las demás organizaciones socialistas. Pensamos que el contexto del Estado español no es uno, sino que es plural y, por tanto, las respuestas han

de ser plurales dentro de una estrategia general. Por otra parte, pensamos también que por nuestro mismo carácter de socialistas, nuestra estructuración interna debe ser siempre profundamente democrática no sólo a nivel de los individuos, sino también a nivel de grupos. En cambio, el PSOE, hoy por hoy (ojalá mañana sea de otra manera), está concebido de arriba abajo, con todas las connotaciones peyorativas que tiene el centralismo desde el punto de vista del partido, y también desde el punto de vista más general de la política democrática y socialista.



Alvaro Espina: «La autogestión es el punto clave de la definición de la FPS ante los dos grandes bloques del movimiento obrero actual, el comunista que defiende la organización económica centralizada, y el socialdemócrata, que ha asumido la gestión de los intereses del gran capital multinacional.»

ROJAS MARCOS. — Insistiendo en lo que antes te decía, voy a apuntar otra connotación, otra característica fundamental de la FPS, que ha contribuido a nuestra integración en ella y sin cuya existencia —tanta es su importancia— no estaríamos en la Federación. Es la siguiente: por primera vez en la historia de la izquierda del Estado español, se ha articulado un instrumento que coloca en pie de igualdad —como antes apunté— a las nacionalidades y a las regiones, tanto desde el punto de vista de la estructura interna de la organización como desde el punto de vista

de la respuesta política a las necesidades de cada zona. Por una u otra vía, la FPS reconoce que la diferenciación entre regiones y nacionalidades sólo depende de la voluntad de cada pueblo, y no de una, determinación desde fuera basada en unas características de lengua o tradición histórica, que quienes las tienen pueden aspirar a un estatuto autonómico propio, mientras quienes no las tienen no pueden aspirar a él. Esto no significa que las respuestas de las organizaciones de las distintas regiones o nacionalidades vayan a ser idénticas, sino que cada una tiene el derecho y el deber de responder a las exigencias de su propio pueblo sin mediatizaciones exteriores. El reconocimiento de esta realidad en una estructura a nivel de todo el Estado es algo que merece señalarse de forma muy especial.

—Pasando ya de los problemas organizativos a las cuestiones ideológicas y estratégicas de carácter general, ¿cuáles son vuestras concepciones teóricas fundamentales? ¿Qué contenido tiene para vosotros el término «socialismo», y cómo pensáis llegar hasta él?

ARANGO. — Desde nuestro punto de vista, hay dos cuestiones básicas a señalar en respuesta a esta pregunta: nuestra interpretación del marxismo, y la perspectiva de unidad de la izquierda defendida por la Federación. En primer lugar, la FPS se inscribe claramente en el campo del socialismo marxista. Entendemos el marxismo como método de análisis y como guía para la transformación de la sociedad. Entendemos el marxismo de un modo crítico, antidogmático, no cristalizado, sino en constante elaboración. El marxismo no es la fidelidad a un cuerpo de doctrina ni a un dogma preestablecido, sino un método de

continua confrontación entre razón y realidad, en virtud del cual ambas se modifican recíprocamente. Nosotros pensamos que muchos marxistas se han mostrado excesivamente fieles a la letra de las elaboraciones de los «grandes padres», y muy poco a su espíritu. Marx se caracterizó por una voluntad de análisis renovador y original que tomaba de sus predecesores lo estrictamente utilizable, y pretendía examinar científicamente los rasgos fundamentales y las tendencias de evolución de la sociedad de su tiempo. En cambio, la mayoría de los marxistas pretenden seguir aplicando mecánicamente esquemas elaborados hace cien años, vigentes para aquella sociedad, pero no para la actual. Nosotros creemos en la necesidad de recuperar una importante corriente del marxismo, olvidada durante muchos años, y que tiene como personalidades representativas, entre otras, a Rosa Luxemburgo, Anton Pannekoek, Karl Korsch, Gramsci...; pero no pretendemos hacer una exégesis de ellos y crear nuevos profetas, sino retomar su espíritu crítico, de constante análisis de la realidad y rechazo de cualquier conversión del socialismo en pura «ideología», en el sentido peyorativo que Marx daba a este término.

En cambio, no nos consideramos, ni somos en nuestra táctica, leninistas. Entre otras muchas razones, por la diferente valoración de las libertades, que para nosotros no son en ningún momento instrumentos puramente tácticos, sino que constituyen un objetivo fundamental, tanto en la sociedad que queremos construir como en el camino para llegar a ella. Diferimos también en cuanto a la composición y organización del partido, rechazando cual-

quier forma de autoritarismo y postulando el máximo de democracia interna.

En cuanto a nuestra defensa de la unidad de la izquierda, creemos que puede significar un importante criterio de diferenciación ante los demás grupos socialistas. Nuestra meta no es constituir «per se» un partido poderoso que gane muchos votos y consiga parcelas importantes del poder para su propio disfrute; nuestra perspectiva es la transformación profunda de la sociedad actual, y su sustitución por otra radicalmente distinta. Pero pensamos que este objetivo no podemos conseguirlo



Joaquín Arango. «La perspectiva autogestionaria no se limita al campo de la transformación económica, sino que representa el ejercicio directo del poder por los trabajadores en todas las esferas de su actividad y competencia. Principio que debe aplicarse igualmente a las organizaciones políticas».

solos los socialistas, y menos los socialistas de una sola formación, sino que deben conseguirlo entre todas las organizaciones populares emanadas de la clase obrera, y en concreto los socialistas y comunistas de las diferentes versiones y tendencias. La perspectiva de la unidad popular representa la condición necesaria para que esta transformación sea posible, más allá de la conquista de las libertades formales en la que también están interesados otros sectores de la oposición democrática. La definición ante este planteamiento estra-

tégico representa en toda Europa una línea divisoria de *extraordinaria importancia* del movimiento socialista, y mucho nos tememos que en el Estado español ocurrirá con el tiempo algo parecido. Nuestra posición al respecto es extraordinariamente clara: nos sentimos parte integrante de la unidad popular.

—Para acabar de precisar vuestra definición ideológica, sería interesante una explicación del sentido que para vosotros tiene la autogestión, uno de los lemas que, junto a los de «libertad» y «socialismo», presidió las Jornadas Constituyentes de la FPS.

ARANGO.—La autogestión es a la vez el objetivo final y un instrumento para llegar al nuevo tipo de sociedad. En nuestra opinión, la autogestión significa sobre todo autoorganización, descentralización a todos los niveles, acción directa, asunción por cada colectividad de los problemas que le son propios, y fragmentación profunda del poder que acerque a éste a los protagonistas de cada área y de cada sector. En cuanto instrumento, su necesidad es evidente: las conquistas necesarias para ir avanzando en el proceso de transformación social sólo podrán evitar el peligro del burocratismo o del capitalismo de Estado si van acompañadas por un proceso paralelo de conquista de esferas de poder popular, por la asunción por los trabajadores de las parcelas de poder arrebatadas a la clase dirigente. Como objetivo final, la autogestión requiere más estudio del que hasta ahora ha sido objeto. No hay gran abundancia de antecedentes o experiencias, por lo que habrá que aprender el camino conforme se recorre; pero querría mencionar al menos un precedente notorio: la experiencia de las colectivizaciones en la guerra

civil, reflejada, por ejemplo, en el Decreto de colectivización de empresas industriales y comerciales de Cataluña, de agosto de 1936.

ALVARO ESPINA.—En un planteamiento global, la autogestión es el punto clave de nuestra definición ante los dos grandes bloques del movimiento obrero actual. Por un lado, nos encontramos al bloque de los partidos o movimientos comunistas, defensores de una organización económica centralizada, con descuido total de las condiciones del mercado. En esta perspectiva sólo caben cortos ensayos de asunción del poder económico y político por los mismos trabajadores. Históricamente, hay una clara vinculación entre la dictadura del proletariado en el terreno político y la planificación central llevada al paroxismo en el terreno económico, por un lado, y, por otro, la situación de las sociedades subdesarrolladas con gran escasez de lo que algunos teóricos del subdesarrollo han llamado «iniciativa empresarial». Es decir, hay una justificación histórica para el predominio en los movimientos políticos de la clase obrera de la corriente favorable exclusivamente a la planificación central: se trata de una respuesta a un cierto grado de desarrollo económico de las sociedades, adecuada a los intereses de las capas obreras que en ese momento participan en la lucha por el socialismo.

Pero esta situación ha cambiado en los últimos 20 ó 30 años en las sociedades desarrolladas, en las que se han incorporado al movimiento reivindicativo, y a la lucha por el socialismo, nuevas capas de asalariados que cumplen funciones técnicas en el proceso productivo o trabajan en el sector terciario, en los servi-

cios, la sanidad, la enseñanza, etc. Y en estos momentos, la autogestión surge como una respuesta histórica a esta transformación del movimiento obrero y de la sociedad en la hora presente. Sus ventajas son evidentes: mientras la planificación centralizada comporta riesgos de burocratización y desarrollo monstruoso de la economía socialista, la autogestión permite el ejercicio del poder económico por los trabajadores. En último extremo, corresponde a los proyectos de los propios fundadores del marxismo, en concreto a las propuestas de las grandes obras de Marx, desde los **Manuscritos** de 1844 hasta los **Gründrisse**. Es una concepción que se había perdido en algunas ramas del movimiento obrero europeo desde la implantación del leninismo, y que nosotros intentamos recuperar.

Por otra parte, la autogestión permite también una definición ante el otro bloque obrero: el bloque social demócrata, que se ha apropiado el nombre de socialista, pero que en último extremo —como todos sabemos— ha asumido básicamente la gestión de los intereses del gran capital multinacional, como lo demuestra la experiencia histórica y la forma en que ha organizado la economía en las sociedades centro-europeas. Esta gestión incorpora evidentemente una serie de contenidos que son favorables a la clase obrera y a los asalariados, pero no entronca con una corriente anticapitalista y de transformación de la sociedad. Desde esta perspectiva social-demócrata la autogestión tampoco es necesaria; más bien sería una contradicción, ya que los intereses del gran capital se gestionan mejor de forma centralizada. Frente a ella, un socialismo de izquierdas, como el

que defendemos, sólo puede avanzar en la perspectiva de transformación socialista de la economía y la sociedad si es capaz de poner en juego la imaginación y de desarrollar nuevas formas de economía y nuevas formas de vida de la comunidad: las formas autogestionarias.

—De todas formas, la autogestión, tal como la habéis definido, no es un objetivo que la clase obrera haya asimilado de forma plena, e incluso a nivel teórico sus perfiles aparecen difuminados a veces, y confundidos con el puro cooperativismo de algunas experiencias parciales. Mi última pregunta, por ello, es doble: ¿Cómo se inserta la autogestión dentro de una perspectiva socialista global? ¿En qué medida puede aceptar la clase obrera este nuevo objetivo?

ESPINA.— Es evidente que la autogestión, por las razones que apuntas, no es algo fácil de conseguir. En principio, no hay suficientes experiencias autogestionarias que nos permitan dar una respuesta totalmente precisa. Por otra parte, a veces se la ha presentado como algo contradictorio con el socialismo: se ha dicho de ella que es una forma de apropiación individualista de los beneficios de la socialización de los bienes de producción, y en este sentido estaría en contradicción con la planificación democrática de la economía, y con el planteamiento global de una sociedad socialista. Sin embargo, nosotros pensamos que, en caso de existir, esta contradicción es una contradicción dialéctica que debe ser superada, ya que la autogestión no es el cooperativismo. Autogestión y cooperativismo se distinguen por el marco de la sociedad en que se ejercen. Cualquier intento de participación de los trabajadores en la gestión de una economía capitalista está



«La Federación de Partidos Socialistas se inscribe claramente en el campo del socialismo marxista no leninista. Y defiende la unidad de la izquierda como condición necesaria para que sea posible la transformación de nuestra sociedad en términos socialistas. En ese sentido, la FPS se siente parte integrante de la unidad popular». (La foto recoge un aspecto de las Jornadas Constituyentes de la Federación.)

abocado necesariamente a adoptar formas cooperativas; en cambio, la plena realización del sistema autogestionario sólo es posible dentro de una sociedad y una economía planificadas democráticamente; es decir, en una sociedad socialista. En ella, las unidades de producción asumen las responsabilidades establecidas por la planificación democrática, pero no de una forma pasiva, sino que tienen a la vez la obligación de aportar las sugerencias sobre las nuevas posibilidades de satisfacción de las necesidades que sólo pueden elaborar quienes participan directamente en la producción.

La asimilación de este nuevo objetivo por la clase obrera no es algo que se logre de la noche a la mañana. Los sectores combativos más clásicos del movimiento obrero no la incluían en sus programas de lucha; pero en las actividades reivindicativas recientes la exigencia autogestionaria **aparece cada vez con mayor frecuencia**. Sobre todo entre los trabajadores del sector público, que al no depender

directamente de empresas dirigidas por el principio de maximización de los beneficios, al dedicar su actividad a la satisfacción de necesidades colectivas, se encuentran en una perspectiva más favorable para percibir las contradicciones y las posibilidades de transformación de un sistema económico centralizado y dirigido.

ARANGO.— Me gustaría añadir dos cosas. Primero, que la perspectiva autogestionaria no se limita al campo de la transformación económica, sino que representa el ejercicio directo del poder por los trabajadores en todas las esferas de su actividad y competencia: los problemas del área municipal deben ser resueltos por las organizaciones de base, por los vecinos; la enseñanza debe ser gobernada, planificada y gestionada por estudiantes y profesores; las fábricas, por organismos con capacidad decisoria en los que estén representados todos los que trabajan en ellas, etc. Y en segundo lugar, quiero recordar que estos principios deben

aplicarse igualmente a la acción política y a las organizaciones políticas. En el transcurso de la lucha política, las decisiones tienen que ser adoptadas por los militantes insertos en cada problemática, y no por omnipotentes burocracias o instancias superiores de la organización; de abajo arriba, y no de arriba abajo. Por ello, una organización política concebida desde una perspectiva autogestionaria está profundamente alejada de una organización presidida por el principio del centralismo democrático.

Así concebida, la autogestión no es solamente una forma de socialismo; es el único camino para conseguir una auténtica sociedad socialista. Sin el ejercicio directo del poder por los trabajadores, la transformación social conducirá a la estatificación de la economía y de la política, o a la gestión de los intereses del gran capital con una participación cosmética o nominal de los trabajadores, pero no bajo su control y dirección última. ■
(Declaraciones recogidas por María Ruipérez)